

» Mas ¡ ay! que ya pacífico el Estado
 Ha de saber trataros de manera,
 Que lo que fuere entonces y lo que era
 Serán como lo vivo y lo pintado;
 Lo que por fuerza fué será de grado,
 Lo que de pedernal, de blanda cera,
 Y al que os hubiere dado mil enojos,
 Le lloraréis despues con ambos ojos.

» Yo soy ¡ ay duro mal! ay grande afrenta!
 En quien está la pérdida notoria,
 Porque á la fin vosotros, su victoria
 Por propia la pondréis á vuestra cuenta;
 Mas yo, que su virtud se me presenta,
 Y siento aparejarse la gloria,
 De sus intensos méritos el pago
 Con entranable rabia me desahago.

No dijo mas, y á vista de la gente
 Con un terrible trueno y estallido,
 Arranca en humo negro convertido,
 Dejando allí una bomba pestilente;
 Habló verdad en todo llanamente,
 Supuesto que es mentira su apellido,
 Porque es verdad tan clara y tan expresa,
 Que la mentira propia la confiesa.

Un súbito pavor y helado asombro
 Los pensamientos bárbaros ataja;
 El mas alivo de ánimo le abaja,
 Y el mas enhiesto encoge mas el hombro;
 Aun yo de estar contándolo me asombro,
 Y la caliente sangre se me cuaja,
 Por donde puede verse qué haría
 Quien fuera de los májicos lo via.

Ya que pasó el fetor abominable,
 Y que tranquilo todo y en sosiego,
 La desterrada sangre volvió luego
 A su canal purpúrea deleznable;
 Saltó furioso Rengo el implacable,
 Diciendo en voz soberbia: « Derreniego
 Del rudo parecer y seso vano,
 Que en esto diere crédito á Pillano.

» Por solo apoderarse de nosotros,
 Temiendo por ventura mi potencia,
 Ha dicho esta mentira y aparencia,
 Y derramado miedo entre vosotros;
 ¡ Oh falso Eponamon! Allá con otros
 Que tengan de tus artes menos ciencia,
 No pienses con tus frivolas razones
 Obstupecer tan bravos corazones.

» Si crédito algún tiempo se te diere,
 Cuando con tu venida nos ofendas,
 Tan solo habrá de ser; y así lo entiendas,
 En todo lo que bien nos estuviere;
 En lo demás te siga quien quisiere,
 Haciendo mucho caso de tus prendas,
 Que á mi la maza y brazo me aseguran
 De toda mala suerte y desventura.

No estaba Tucapel en esto ocioso,
 Que como el vino y cólera hervía,
 Llamaba cuerpo á cuerpo á don García,
 Del inclito enemigo encidioso;
 Andaba mas que todos orgulloso,
 Diciendo por la gente que venía:
 « Granicen hombres, ande el juego grueso,
 Que toda mi ganancia estaba en eso.»

Así desfleman unos y otros gritan,
 Otros, mientras blasonan estos, callan,
 Y allí mayor peligro y daño hallan
 Adonde mas los bárbaros se irritan;
 Unos aplacan, otros solicitan,
 Ya rompen, ya deshacen, ya desmayan,
 Ya con las voces disonas se hunden,
 Se atruenan, se ensordecen, se confunden;

Hasta que del crepúsculo y aurora
 Los fértiles alcóres luminados
 Mostraban los briales ocupados
 Con las vistosas dádivas de Flora;
 Que todos, como gente malhechora,
 Cual suelen los ladrones recatados,
 Huyendo de la luz, se dividieron,
 Con que la gruesa junta deshicieron.

Esto, Señor, sucede allá en la guerra,
 Y en tanto, acá en la paz, los españoles
 Ven ya bordado el cielo de arboles,
 De yerbas, flores y árboles la tierra;
 El claro sol doblada luz encierra,
 Alumbran las estrellas como soles,
 El mar se muestra placido y sereno,
 Y el aire de parleras aves lleno.

Parecen mil preñuncios de alegría,
 Mil bienes venideros se conciben;
 Los desmayados ánimos reviven,
 Metiéndose en calor la sangre fria;
 Saltando estan los pechos á porfia
 Del interior contento que reciben,
 Y el mas helado y lánguido se siente
 Con un fogoso y bélico accidente.

En todos los estómagos se incluye
 Una crecida hambre de pelea;
 El corazon mas tímido desea
 Hallarse en la ocasion que se le huye;
 La favorable causa que esto incluye
 Sin duda que es el aire y la marea,
 De las hinchadas velas, que asomando
 Al puerto de Cuquimbo van entrando.

Adonde ya las áncoras echadas,
 Los nuestros deshaciéndose en contento,
 Entregan las chalupas al momento
 En manos de las ondas sosegadas;
 Y de floridos jóvenes cargadas,
 Van todas á parar do yo me asiento,
 Porque para tirar de un tiro tanto,
 Es chico mi vigor y grande el canto.

CANTO III.

En que el Gobernador, visto el exceso con que los indios de paz
 eran tratados por sus encomenderos, y el mucho desorden que
 en servirse de ellos habia, trayéndolos sobremanera apurados,
 hace unas breves ordenanzas, con que los alivia su grave carga,
 provee juntamente lo importante así á la quietud de la tierra,
 desterrando sus inquietadores, como al aumento de nuestra religión
 y buen ejemplo de los naturales. Llegada la gente y caballos
 que venia por tierra, se embarca con toda ella, sin tocar
 en Santiago, para la ciudad des poblada de la Concepcion, en
 cuyo viaje le corrió una grande y peligrosa tormenta.

» Oh cuánto se requiere, cuánto importa
 Haber moderacion y medio en todo!
 Pues lo que va sin limite ni modo,
 ¿ Qué limitada fuerza lo soporta?
 Ni es bueno que la capa quede corta,
 Ni que de larga frise con el todo;
 Virtud está en el medio como en quicio,
 Y siempre en los extremos anda el vicio.

Jamás, si duermen tres en una cama,
 Sucede que al de enmedio falte ropa;
 Ni al que por medio afierra de la copa
 El liquido licor se le derrama;
 Menos se mareará la tierna dama
 En medio de la nao que en proa ni en popa;
 Mejor irá el discípulo de Marte
 Donde es el batallon que en otra parte.

Entre las zonas tórrida y helada,
 Que el mirador cosmógrafo divide,
 Aquella que el lugar de en medio pide
 Es la mas habitable y mas templada;
 De la celeste máquina girada,
 El medio es donde Júpiter preside,
 Y el que por Dafne rápido corría
 Mas franco da su luz al mediodía.

En solo amar á Dios ha de afirmarse
 Que ni es ni puede ser el medio bueno,
 Y en esto solo el tepido condeno,
 Y en esto será licito extremarse;
 En todo lo demás el moderarse
 Y aquel saber usar espuela y freno,
 El que descanso quiere lo procure,
 Pues bien soleis decir, paso que dure.

El siervo no ha de ser tan mal tratado
 Que siempre sus espaldas mida un leño,
 Pues suele revolver contra su dueño
 El animal doméstico apurado;
 Quien ha la noche entera trasnochado,
 Está despues cayéndose de sueño;
 Al fin conviene en todo tanto el orden,
 Que la bondad es mala con desorden.

Esto conoce bien el jóven sabio,
 Pues visto el desigual que en Chile habia
 Sobre tratar al indio que servia,
 Le satisface luego deste agravio;
 Y dado que era viejo el mal resabio,
 Que acerca de esto el hésped tenia,
 Sola su blanda mano, medio y modo
 Bastó para quitársele del todo.

El fué moderador de tanto exceso,
 De tanta libertad y exorbitancia,
 Y el que redujo á temple y consonancia
 Lo que sonaba mal acerca de eso;
 Aligeró á los pobres de su peso,
 Solicitando en todo su ganancia,
 Por el mejor camino y facil via,
 Que luego topareis en esta mia.

Llegado á la cuoquimbica ribera
 Adonde los esquifes encallaron,
 Las proras en un punto se poblaron
 De la gallarda gente placentera;
 Mas luego que la vieron saltar fuera,
 Desiertos y á la mira se quedaron,
 Doliéndose de ver que ya la playa
 Con tanto bien alzado se les haya.

Pues ya del mar los nuestros olvidados
 Y llenos de placer y gloria llena,
 Sellaron con sus platos el arena,
 Tendiendo allí los miembros mareados;
 Quien mira las llanadas y collados,
 Quien con el dedo apunta la Serena,
 Y quien alaba el sitio, quien el puerto,
 Al soplo de los aires encubierto.

Estando así la gente bulliciosa,
 Oyó tropel confuso de caballos,
 Que vienen ya batiendo con los callos
 La relucida playa mariscosa;
 Porque es sobremanera cuidadosos
 La próxima ciudad en despachallos,
 Viniendo sus vecinos juntamente
 A recibir al claro adoleciente.

Peró debajo desta adolescencia
 Aun al que mas la vista se le cubre,
 Como por velo diáfano descubre
 Un vaso, y madurez por excelcencia,
 Mostrábalo su rostro y aparencia,
 Que pocas ó ninguna vez lo encubre,
 Pues mas abiertamente que en la palma
 Se suele por el cuerpo ver el alma.

Recíbelos á todos gratuitamente
 Con término cortés y grave acento,
 Y con templadas muestras de contento;
 Que todo no se junta fácilmente;
 De donde acompañándole la gente,
 Tomó el camino breve del asiento,
 Que por la tiesa y húmeda marina
 Dos leguas apacible se camina.

Entrando en la ciudad de la Serena
 El escogido tercio y nueva copia,
 Conoce cada cual por casa propia,
 Segun se ve tratar, la que es ajena;
 Es tan cumplida gente, honrosa y buena,
 Que tiene por afrenta y cosa impropia
 No ser en su hospedaje el hospedado,
 Todo lo de potencia regalado.

Allí estuvieron todos dando cuerda
 A la penosa y dura del quebranto,
 Que la Serena dulce con su canto
 Hace que todo el mal se olvide y pierda,
 En tanto á nuestro jóven se le acuerda,
 Movido por un celo justo y santo,
 De aprovechar el tiempo en lo siguiente
 Para que no se gaste vanamente.

Queriendo pues saber qué modo habia
 Sobre pagar el indio sus tributos,
 Y si conforme á sacros estatutos
 El amo acerca desto procedia;
 Echó de ver su mucha demasia,
 Y como andaban todos absolutos
 Sin regla, sin medida, ley ni fuero,
 Con el ansioso hipo del dinero.

No solamente echaban á las minas
 Los diputados ya para este oficio,
 Sino tambien el personal servicio,
 Hambrientos por las vetas de oro finas;
 Y contra humanas leyes y divinas,
 Que todo estaba entonces por el vicio,
 Aun no eran reservados desta cuenta
 Los viejos tremulosos de noventa.

Tampoco el niño tierno se libraba,
 A título de serlo, destes daños,
 Que puesto en el doceno de sus años,
 Con la barreta al hombro caminaba;
 La madre con dolor le acompañaba
 Humedesciendo bien sus pobres paños,
 Y siempre que la carga le afligia,
 En el trabajo della sucedia.

Hermosas dueñas, vírgenes apuestas,
 Que era contento y lástimas el mirallas,
 Llevaban el sustento y vituallas,
 Por mas que fuesen débiles, á cuestras;
 Y por quebradas ásperas y cuestras,
 Quebrados de subillas y bajallas,
 Sus delicados piés iban rompiendo,
 Y alguna vez de sangre el rastro haciendo.

Asi cargadas vierades algunas
 Los encolmados vientres á las bocas,
 Y fuera deste número, no pocas
 Con sus recién nacidos en las cunas (3);
 Mirad qué cargas dos tan importunas,
 Aunque las tristes fueran mas que rocas,
 Y mas que no hay dejar ninguna dellas,
 Por no dejar el ánima con ellas.

En vez de las diademas y guirnaldas,
 Iba el pesado yole (4) y grave cesta,
 Y en trueque de la líquueda compuesta,
 El enchiguado (5) trigo á las espaldas;
 En cambio de las perlas y esmeraldas,
 Llevaban la inclinada frente honesta
 Bordada de un licor alfofarado,
 A fuerza de fatigas destilado.

» Oh qué desafortado desafuero
 Usado con los pobres naturales!
 Oh qué de imposiciones desiguales
 En gente que era al fin de carne y cuero!
 Oh siempre viva hambre del dinero,
 Disimulada muerte de mortales,
 Polilla de las almas gastadora,
 Hinchada sanguijuela chupadora!

Pues como desta peste vió tocados
 El médico tan sabio á los chilenos,
 Y que los indios iban siempre á menos,
 Y á más las insolencias y pecados;
 Deliberó con medios acertados,
 Que nunca los que puso fueron menos,
 Sangrar aquella fiebre mal contenta
 Tanto de sangre prójima sedienta.

Y visto que los indios no tenían
 En todo su caudal del cielo abajo,
 Sino su propio personal trabajo
 Para lo que sus años les pedian,
 Y que con tanto peso no podrian,
 So pena de venir con todo abajo,
 Al eminente y grande mal previno
 Dictándole un espíritu divino.

Mas era este negocio de consejo;
 Y aunque pudiera bien á todos dalle,
 Quiso de los teólogos tomalle
 Para llevar su hilo mas parejo;
 Porque es como la dama sin espejo,
 Es engolfada nao sin gobernalle,
 Que naufragosamente da en la costa,
 Quien corre sin consejo por la posta.

Habiendo pues el caso conferido
Muchas y muchas veces con letrados
De limpio celo y ánimo dotados,
Salió de la consulta dilinido
Todo en favor del misero alligido,
Lo que dirán mis versos mal cortados,
Metidos en prolijas narraciones,
Donde es forzoso ir dando tropezones.

Mas es tambien forzoso no dejallas;
Aunque me son de tanto impedimento,
Así por ser verdades las que cuento
Y no querer hacer en esto fallas,
Como porque naciera de pasallas
Una contradiccion de lo que intento,
Que es usurpar el mérito y la gloria
Del que la da tan gratis á mi historia.

Mandó que de los indios que tuviese
El avido vecino encomendero
Para labrar el cóncavo minero,
El sesmo solamente se le diese;
Y que este de varones solo fuese,
Guardando al sexo tímido su fuero,
Los cuales á sesenta no llegasen,
Y que del sexto decimo pasasen.

Ordena juntamente que del fruto
De los veneros fértiles sacado,
Tambien al indio el sesmo fuese dado
Como en retribucion de su tributo;
Y que cualquier vecino al estatuto
Fuese para los suyos obligado,
Partiéndoles el sábado postreiro
La dicha sexta parte del dinero.

Y para ejecucion del mandamiento,
Por evitar escríptulos y espinas,
Mandó que hubiese alcaldes en las minas,
Hombres de sano, justo y buen intento;
Hizo que las comidas y sustento
Llevado por las fuerzas femeninas,
A costa del vecino fuese en bestias,
Y así no fuesen tantas las molestias.

Mandoles dar comida cotidiana
Que bien á cada un indio le bastase,
Y que una res ó mas se les matase
Tres dias en los seis de la semana;
Con esto pudo hacer que por liviana
La poderosa carga se juzgase,
Poniendo mil estímulos al tibio
Y á sus trabajos asperos alivio.

Así dejó los pobres redimidos
De tantas insolentes vejaciones
Y de tan insufribles aflicciones
A llevadera vida conducidos;
Quedaron muchos daños prevenidos,
Mudadas muchas fieras intenciones,
El indio con su carga moderada,
Y el amo su conciencia descargada.

¡Oh gran legislador del nuevo mundo,
Celoso de equidad y de justicia,
Primero en la bárbarica milicia
Y en tu feliz estrella sin segundo,
Confuso asombro y pasmo del profundo,
Total perseguidor de su malicia!
Perdona el corto vuelo de mi pluma,
Que al pie no llega de tu cumbre suma.

Quando mejor le sepa dar el corte,
Y si la Parca no me corta el hilo,
Yo cortaré, Señor, con otro filo
Tus venturosos lances en la corte;
Mas has de permitirme que los corte
En trage pastoril mi propio estilo;
Que en esto ni será él de corte sano
Ni bastará tampoco el cortesano.

Recibe si te place agora en tanto
Esta segura prenda que te empeño,
Que yo la sacaré de tal empeño
Volviéndote por ella siete tanto;
El vale solo es este y primer tanto,
Con que serás después del resto dueño
En viéndome al querer con otro punto,
Que agora será bien volver al punto.

Habiendo ya en los indios remediado
Lo que dejamos dicho el jóven tierno,
Puso los españoles en gobierno,
Y en órden los negocios del juzgado;
Era lo que trazaba lo acertado,
En cosa no mostrándose moderno,
Porque corrieron siempre á las parejas
Su madurez y juventud parejas.

Y como siempre fué de lance en lance
Haciéndolos mejores en su juego,
Aun no entabló la tierra, cuando luego
Se puso con el cielo en un balance;
Al rey de entrambos vino á dar alcance,
Por ser en el seguir un vivo fuego,
Y ser sus pasatiempos y sus vicios
Seguir virtud y perseguir los vicios.

Faltaba en la Serena (ved qué falta,
Para que tenga sobra en su descuento)
El misterioso y alto sacramento
Adonde Dios y hombre nunca falta;
Mas con su caridad intensa y alta,
Haciendo á costa suya el ornamento,
Hizo que desde entonces no faltase
Para que el bien al ánima sobrase.

De suerte que por Dios, que es alfa, empieza
Y á Dios en todo lleva por delante.
¡Oh bienaventurado caminante
Que á solo Dios sus pasos endereza!
Y pues lo que le lleva por cabeza
Va todo por el mismo semejante,
Considerad sus obras cuales fueron,
Si al paso del principio el fin tuvieron.

No callarán mis versos una dellas,
Aunque de tanto son indignos ellos,
Pues estos traigo yo por los cabellos,
Y al cielo por sus pies se van aquellas;
Mas ya que léjos voy de dar con ellas,
Y puedo bien sentarme junto dellas,
Dírelas por mi rumbo tropezoso,
Y no las callaré como envidioso.

El hecho fué que cuando el pan del cielo
En procesion al templo se traía,
Por dar ejemplo al indio que atendía,
Se derribó á medirse con el suelo,
Haciendo que el presbítero sin duelo
Por cima del hiciese paso y vía,
Tratando con el pié su cuerpo humano,
Pues el de Dios trataba con la mano.

Fué un acto de humildad aventajada
Para dejar al bárbaro enseñado,
Que en las personas altas de su estado
Es la virtud que mas á Dios agrada;
Pues cuanto bien parece la llanada
En la sublime cumbre del collado,
Parece la humildad allá en la cima
Del hombre que es tenido en mas estima.

Con el manjar angélico divino
Quedó la gente llena de consuelo,
Y no se vido mas barrer el suelo
El viento arrebatado en remolino;
Que como se deshace el torbellino
En asomando el délfico en el cielo,
Así tranquilidad el pueblo tuvo
Al punto que este sol en él estuvo.

Mas viendo que otros soplos mas violentos,
Y tempestad mayor furiosa y brava
A todo el reino junto alborotaba,
Queriéndole volar por los cimientos,
Y que la furia sola de dos vientos
Revueltos y encontrados lo causaba,
Da traza el verdadero dios Eólo
Cómo encerrillos por su mano el solo.

Los dos gobernadores eran estos,
Que, sobre serlo en Chile contendían,
Y á canto de perdersele tenían,
Pues á romper estaban ya dispuestos;
En Mapochó y Cnoquimbo varios puestos,
Los dos fortificados atendían
Para venir, con ánimos insanos,
De encuentro de cabezas á las manos.

Estar en la Serena Aguirre quiso,
Por ser allí el oráculo adorado,
Y Villagran desotro apoderado,
Estaba en Mapochó sobre el aviso;
Mirad agora el reino en sí dividido
En vispera de verse desolado,
Mirad un monstruo aqui de dos cabezas,
Que está para topar y hacerse piezas.

Pero tan buena maña supo darse
Aquel varon sagaz en el remedio,
Que, como la virtud, se puso en medio
Primero que vinieran á encontrarse;
Y sin alborotar ni alborotarse,
Que para todo tuvo traza y medio,
Prendió primero al uno, y luego al otro,
Sin que supieran ellos uno de otro.

A Juan Ramon envió por una vía
Para que, sin que nadie lo entendiera,
A Villagran do estaba lo prendiera,
Enviándosele preso el mismo día;
Y á Aguirre, que á la mano le tenia,
Aunque pensó que nadie le ofendiera,
Prendió por otra parte don Hurtado,
Poniéndole en el puerto á buen recado.

Adonde en un bajel con guarda estuvo
Hasta que Villagran tambien llegase,
El cual, como á su daño caminase,
Bien poco en el camino se detuvo;
Pues luego que la nueva el jóven tuvo,
Mandó que con Aguirre se juntase,
Y que sin parecer en su presencia,
Viniese á parecer ante la Audiencia.

Sañóle á Aguirre en viendo que venia
A recibir al bordo de la nave,
Y aun dicen que le dijo en tono grave
Esta razon tan llena de energia:
«Ya, lo que en todo Chile no cabia,
Agora en una tabla sola cabe;
Mi fé, Señor, un niño de la cuna
Nos muestra á la vejez lo que es fortuna.»

No cuento por menudo todo el caso,
Aunque lo principal aqui va escrito,
Porque parame á todo es infinito,
Teniendo senda larga y tiempo escaso;
Fuera de que si en esto voy de paso,
Es porque en lo que resta me remito
A lo que agora escribe el de Lobera,
En general historia verdadera.

Solo, segun por ella puede verse,
Quiero certificar en esta mia
Que en ello, como en todo, don García
Hizo lo que era licito hacerse;
Porque con madurez, para moverse
Miró muy bien qué causa le movia,
Y siempre vió la mira en este hecho
Enderezada al público provecho.

Pues embarcados ya los capitanes,
Mandó que los bajase luego á Lima
Pedro de Lisperguer, varon de estima,
Y gloria de los altos alemanes;
Limpió la tierra destos huracanes,
Metiéndolos en cárceles, y encima
Por mas seguridad les puso un cerro,
Que tanto y mas pesado es un destierro.

Así como en soberbios torreones,
Y siempre sobre alcázares subidos,
Vienen á dar los rayos encendidos,
Dejando los humildes paredones;
Sobre estos validísimos varones
En Chile por piramides tenidos,
Asiento de ambicion y de cudicia,
Cayó derecho el rayo de justicia.

A mucho mal con ello puso atajo,
Y al reino ya pacífico y tranquilo,
De mas de tres gargantas quitó el filo,
Y á todas, por lo menos, de trabajo;
Por esto quiso enviallos mar abajo,
Y por seguir al padre en el estilo,
Que á los que en el Piru metian cizaña
Los arrancó de cuajo para España.

Con esto en la Serena se entretuvo,
Por no gastar el tiempo mal gastado,
Hasta que á los del seco despoblado
Y á su Bastida fiel consigo tuvo;
En ocio allí la gente se detuvo
Un delicioso mes, el cual pasado,
Con todos los caballos y bagaje
A Mapochó tomaron el viaje (6).

Mandóseles que nada en él parasen,
Por ser tan regalado y abundoso,
Temiendo que en su vicio pegajoso
Los cuerpos hasta el ánima atascasen;
Sino que á Penco rápidos pasasen,
Lugar un tiempo rico y populoso,
Mas por entonces yermo y asolado,
De solo cuerpos y aves ocupado.

Adonde á Juan Ramon tambien mandaba
Que en todo caso luego se partiese
Con todos los vecinos que tuviese
El pueblo de Santiago donde estaba;
Porque él á la sazón determinaba
Enderezar allá como pudiese,
Metiéndose en el mar embravecido
Con los que ya por él habia traído;

Para que de esta suerte en la bahía
De Talcaguano, que es á Penco junto,
Se fuesen á juntar al mismo punto
La gente que por tierra y mar venia,
Con esta traza y órden los envia,
Y él queda con su gente puesto á punto
Para desocpar aquel asiento,
Aunque lo contradicen mar y viento.

Llegada era del tiempo aquella parte
Opuesta por diametro al estio,
Cuando con gafa mano, el yerto frio
En pellas el carámbano reparte;
A la sazón, que ya por toda parte
Viene de monte á monte el raudal rio,
Y al blanco amanecer se ven los prados
Envueltos en vellones escarchados.

Quando camina todo con su funda
Para que el aguacero no lo moje,
Y á su chozuela el rustico se acoje
Soltando el manso buey de la coyunda;
La tierra de mil ríbulos abunda,
Que en si la turbia ciénaga recoge,
Y cuando por los cerros van á gatas,
Rompidas las celestes cataratas.

Está callada y mustia Filomena,
Ítis se encoge, Progne se marchita;
Erizase el silguero en la ramita,
Y de aterido, en dulce voz no suena;
Alcione sale ya sobre el arena,
La grulla por el aire sola grita,
Y la infeliz corneja está en su playa
Al marinero martir dando vaya.

Desgájanse los árboles frondosos,
Rendidos al airado ventisquero;
Descarga con granizo el aguacero
Relámpagos y truenos espantosos;
Vulturno, Cierzo, y Africo furiosos
Parecen aventar el mundo entero;
Entóndanse los cielos con nublados
De tempestades turbidas preñados.

Mas no por ser el tiempo riguroso,
Y ver al mar entonces intratable,
Dejó de renunciar la tierra estable
El fortunado jóven presuroso;
Porque para su pecho valeroso
No le parece cosa incontrastable,
Y porque el acudir, do va, con tiempo
Importa mucho mas que el mismo tiempo.

Así que su rigor menospreciando,
Como que ya le igerepa la tardanza,
Partió sin esperar á la bonanza,
Que la necesidad no mira cuándo;
Pues ya con su lucido y grueso bando
De la Serena sale, dulce estancia,
Dejándola mas triste en su partida
Que Dido en la troyana despedida.

Pusiéronse en dos horas con el puerto,
A donde siendo todo aparejado,
Dejaron el estéril mar poblado,
Y al fértil campo huérfano y desierto;
El aire estaba lúcido y abierto,
Solo soplaban el céfiro delgado
Con que, las corvas áncoras levadas,
Se le entregaron velas desplegadas.

Ya el engañoso tiempo los aleja
De la arenosa playa y sus orillas,
Ya sulcan alta mar las bajas quillas,
Ya cada cual de espuma el rastro deja;
El cielo, por cubrir lo que apareja,
Se escombra y barre bien de nubecillas,
Bordándose de escamas y celajes,
De rubios arreboles y follajes.

Todo les favorece y da la mano,
El viento es largo en popa, el mar bonanza,
Señales harto ciertas de mudanza
Y de que habrá desquite en otra mano;
Al puerto Jacobino dan de mano,
Temiendo que si llegan á su estancia
Y dan entrada al ocio y fácil vida,
Será dificultosa la salida.

Pues como de arrecifes y bajíos,
Y mas que de la fiera ladradora,
Tan por su mal, de Circe contendora,
De Mapoché se apartan los navios,
Albergue de holgazanes y baldios,
Adonde el vicio á sus anchuras mora,
Y tierra do se come el dulce loto,
Que al filo de la guerra tiene boto.

Es la vadosa sirte donde encallan
O todos ó los mas gobernadores,
Y á donde por hablar cosas de amores,
Las del guerrero adúltero se callan;
Do como la dulzaina y rabel hallan,
No quieren son de trompa ni atambores,
Ni dar en cambio y trueque de una vela,
Amancebando dos mil en centinela.

Es una Circe pésima que encanta
Y en animales sórdidos transforma;
Es la cadena, grillo, cepo y correa,
Que el brio y fuerza belica quebranta;
Es la sirena melode que canta,
De quien sagaz el Itaco se informa,
Y atado al mástil, oye desde afuera,
Ensordeciendo á los demás con cera.

Huye como del fuego del regalo
El avisado jóven, porque sabe
Que entre el bizcocho acedo y pan suave
Hay siempre mas que lúcido intervalo;
Es á los cuerpos ágiles tan malo
Como el pequeño rémora á la nave,
Que en su navegación la tiene á raya
Por mas veloz y rápida que vaya.

El regalado es bestia que se empaca
Un harto gavilan, bajel zorrero,
Y el ocio, cenagal y atolladero,
Do con dificultad el pié se saca;
Es arenal en que anda virtud flaca,
Y pasto donde el vicio enlucia el caero
Boscaje y arcabuco mal distinto,
Difícil y entrecamado labirinto.

Y aunque metido en él, salir supiera
Con el prudente ovillo de Teseo,
No quiere andar en circulo y rodeo,
Sino seguir derecho su carrera;
Que el ánimo do está virtud entera
No solo ha de vencer el mal deseo,
Sino quitar la causa de engendrallo,
Pues lo mejor del dado es no jugallo.

Por esto don Hurtado no se llega
Al peligroso vado con su armada,
Mas á la yerma Penco enderezada
Con viento largo y próspero navega;
Neptuno está mas llano que una vega
Asegurando en todo la jornada,
Por donde aunque era larga, sin sentilla
Se ven á pique ya de concluilla.

Mas porque nunca bien sin mal concluya,
Y no nos asegure el buen estado,
No bien el sol seis vueltas habia dado,
Cuando tambien fortuna dió la suya;
¡Oh cuán de vidrio que es la gloria tuya
Caduco mundo, báculo cascado,
A donde bien lo paga quien se arrima
Pues dando, al fin, en vago se lastima!

¡Qué de horas malas das por una buena!
Por un granillo de oro ¡cuánta escoria!
Por el adarme y átomo de gloria,
Qué bien pesado va el quintal de pena!
Tu mano, ya se vacía, ya se llena,
Como los arcadúes de la noria,
Aunque por ser menor el del contento,
Sin agua suele estar la boca al viento.

O fuese rebelion de la fortuna,
O ya por el rigor del erado hibierno,
O porque ya de envidia el mismo infierno
Contra este gran varon se hiciese á una;
O ya por mal influjo de la luna,
O por la voluntad del Padre Eterno,
Que con la piedra toque de combates
Quisiese descubrirle los quilates;

De fusca nubecilla mal cuajada
El velo celestial se vió mancharse,
Tras quien corrieron obras á juntarse
No pareciendo en su principio nada;
Mas vese á pocas horas aumentada
Tenderse de manera y condensarse,
Que deja al cielo puro y espejado
Ya de escurana lobregá empañado.

Perdiéronle de vista en un instante,
Con que tambien los nuestros la perdieron,
Y solamente á costa suya vieron
Cuán presto se demuda el buen semblante;
Envueltos en furor desemejante
Los vientos de sus cárceles salieron,
Y al antes llano piélago lanzados
Hicieron promontorios levantados.

Que como tanto tiempo estuvo presa
Su furia procelosa y repentina,
Cuando la vieron suelta en la marina,
Molieron todos juntos de represa;
Pues dándose en el rodeazo tanta priesa,
Que el mar ya vuelto en eándida harina,
Sin que espárcirse pueda por el suelo,
A cada vuelta salta para el cielo.

El claro sol se fué, y la noche oscura
Batiendo al mar sus negras alas, vino
Con un desahogado torbellino,
Armado de granizo y piedra dura;
La grita, el alboroto, la presura,
La turbacion, el pánico, el desatino,
La amarillez del rostro ya difunto
Se apoderó de todos en un punto.

Ya la menuda arena hierve abajo,
Y arriba las soberbias ondas braman;
Ya sobre lo mas alto se encaraman,
Ya vuelven desgalgándose á lo bajo;
Parece que se arranca el mar de cuajo,
Y que sus aguas frigiditas se inflaman,
Marchando en escuadron de ciento en ciento
A dar asalto al cáldido elemento.

Por medio del frenéticas pretenden
A todo su pesar abrir carrera
Para mezclarse allá en la nona esfera
Con las parientas aguas que allí penden;
Porque del fabricado mundo entienden
Que quiere ya volver; ¡ay! tal no quiera,
Sin que le quede ripio sobre ripio
A la cantera tosca del principio.

Que como para el bien de los humanos
No sufre Dios al mar, por mas que brame,
Que por el ancho suelo se derrame,
Quiere tomar el cielo con las manos;
Y sobre sus asientos soberanos
Pide que el bajo snyo se encaramen,
Porque si no, según su vientre hinchia,
Reventará por medio con la cincha.

Toda la culpa tiene el viento solo
En dalle avilantez, orgullo y alas
Para que osado suba sin escalas
A remojár allá la crin de Apolo;
Gime tronando el uno y otro polo,
Y las espesas nubes, antes ralas,
Se vienen ya cerrando de manera,
Que al cielo calan toda la visera.

En una escuridad tempestuosa,
Y en una tempestad oscura y fria
Se ve la atribulada compañía,
Ya de su fin mas cierta que dudosa;
Ninguno por intrépido reposa,
Que el de mayor esfuerzo y osadía,
Como se ve en tan áspera tormenta,
Alista para darla á Dios, su cuenta.

El duro y trabajado marinero,
Que nunca sosego sin sobresalto,
Visto del temporal el fiero asalto,
Salta de entre sus cables el primero;
Ya trepa por el cáñamo ligero,
Ya súbito aparece en lo mas alto,
Ya muestra por un cabo solo asido
El cuerpo sobre el agua suspendido.

Envuélvese ya el aire oscuro y vano
En voces del amaina tras el iza,
Y el chafaldete, braza, troza y triza
Se cubren de cortido puño y mano;
Ya con la espada en ella el Euro insano
Hace con los demás estrago y riza,
Jugando y esgrimiéndola de suerte,
Que cada golpe suple el de la muerte.

«A orza», claman unos, «vira, vira,
Amura, que se ve la arena gorda!»
Otros «arriba, amaina, ten, zaborra,
Que está el furioso mar envuelto en ira!»
El uno sin color al otro mira,
La gente á puras voces está sorda,
Atónita, confusa, derramada,
La mas temblando en pié y arrodillada.

Las yertas rocas miran por un lado
Con duro ceño y áspero semblante,
Por otro al mar soberbio y arrogante,
Revuelto, removido y elevado;
Arriba de rigor al cielo armado,
Abajo losabismos por delante,
Mirad la triste nave que está en medio
En qué tendrá esperanza de remedio.

Quién á la religion se ofrece en voto,
Quién el favor divino apriesa invoca,
Quién con el sacro simbolo en la boca
De todo corazón está devoto;
Cuál mira atento el rostro del piloto,
Por ver si su tristeza es mucha ó poca,
Cuál en su estrecha cámara se esconde
Queriendo allí morir sin ver por dónde.

Oye de allí las voces y lamentos,
Los golpes, los turbiones, las grupadas
Que del vulturno y cierzo reforzadas
Confunden los distintos elementos;
En vano suenan lúgubres acentos,
Zalomas, alaridos, algaradas,
Pues no las oye el mar embravecido
En si de su fragor ensordescido.

Túrbase ya el piloto y marineros,
No saben dónde irán ni dónde acudan;
Por ayudarse mas se desayudan;
Pasan atropellando pasajeros;
Los aires mas indómitos y fieros
De su teson un punto no se mudan,
Hincharlo al mar con soplos presurosos
A echalle de su asiento poderosos.

Ni cabo ni filiciga parece,
Cordel, amarra, cable ni atadura;
La escota quiebtra, rómpese la mura,
Timon, entena y mástil desfallece;
La luz con que el agua resplandece,
No estaba en su vitácora segura,
Que todo lo volcaba y sacudia
El huracán furioso y travésia.

Creciendo va el temor, el viento carga
En la deshecha y rábida tormenta;
No hay mas que de la dulce vida cuenta,
Segun al ojo está la muerte amarga;
Ya gritan alijar, ya se descarga,
Ya Tétis queda rica y opulenta
Con mil presentes dados por soborno,
Mas ella da bramidos en retorno.

Ya va por las marítimas dehezas
En confusion y lástima volcando,
El dote que dió Lima al fuerte bando,
Mas rico que las dárdanas riquezas;
Blasones de mil célebres proezas
Se ven sobre las aguas ir nadando,
Con que se torna ya la mar insana
Una vistosa tienda y tarazana.

Parece desgarrarse el alto cielo,
Abrirse entre las olas el profundo,
Y la compuesta maquina del mundo
Deshecha derramarse por el suelo;
Sale con el oscuro y negro velo
La blanca espumazon del mar fecundo,
Que echando mas centellas que una fragua,
En el Impireo mete fuentes de agua.

Las jarcias con las gúmenas rechinan;
Cruge la tabazon y silba el viento;
Los mástiles se arrancan de su asiento,
Las gavias hechas arco al mar se inclinan;
Relámpagos y truenos desatanan,
Encuentros de agua privan del aliento;
Al fin, el orbe todo está en discordia,
Y nuestra gente á Dios misericordia.

¿Por qué, Neptuno, agora tanto enojo?
Por qué tu furia llega á tal extremo?
Pues guarte, no revientes, que lo temo,
O mueva tu preñez por solo ojojo;
Aquí no va quien hizo ciego el ojo
Del ciclope tu hijo Polifemo,
Mas otro, que por dar á ciegos vista,
Tus muros quiso entrar á escala vista.

Y á tí, señor de la insula ventosa,
¿Qué bien de tanto mal se te acarrea?
¿Ofrecete otra ninfa Deiopea
La vengativa Juno por esposa?
Y tú del falso amor lasciva diosa,
A quien la Cipro en víctimas humea,
¿Quieres del sol, en otro sol vengarte,
Por lo que publicó de tí con Marte?

Y tú, revuelto mar, ¿desde la arena
Presumes ir en esta nao metido,
Quien Dios, por no le haber obedescido,
Tuvo depositado en la ballena?
Pues sabe que la nave no va llena
Sino de aquel mancebo esclarecido,
Que de sujeto á Dios y al padre suyo,
Se vino á sujetar al furor tuyo.

No cuando Troya en fuego se tornaba,
Y la ciudad de Rómulo se ardia,
Ni cuando la violenta compañía
El un lugar y el otro saqueaba,
Tal confusion y estrépito sonaba,
Ni tanto daño y lástimas se via,
Ni allí su llama y saco, á lo que siento,
Causaron lo que aquí la mar y viento.

Grande es la refraccion, grande el ruido
Cuando los torbellinos procelosos
Sacuden gruesos árboles frondosos
En el opaco bosque entretejido;
Mucho alborota y saca de sentido
La vez que por lugares populosos
De noche un terremoto sobreviene,
Mas para comparallo corto viene.

No siento lengua humana que declare
La desigual borrasca rigurosa,
Ni en cuantas vi jamás he visto cosa
A que perfectamente se compare;
Mas si comparacion de fe bastare,
Y por comun acaso no es odiosa,
El infernal tormento solo alcanza
A ser de una una tormenta semejanza.

Porque el rebato, el tráfigo, el rüido,
La priesa, confusion y gritería,
El pasma, la congoja y agonía,
La pena deste daño y de sentido,
El mar furioso, el viento embravecido,
El cielo que de oscuro no se via,
Era figura al vivo trasladada
Del Orco negro y lóbrega morada.

En esto un cerro de agua levantado,
Que amenazando al cielo se venia,
Embiste al galeon de don Garcia,
Cubriéndole del uno al otro lado;
Apenas, sumergido y anegado,
La punta de la gavia descubria;
Tragaron agua y muerte los de dentro,
Juzgando aquel por último recuento.

Mas pasa al fin el golpe y trago acedo,
Y sale sacudiéndose la gente,
Al tiempo que otro monte mas potente
Le encara con mas impetu y denuedo;
Espérole su nao que yo no puedo,
Por no tener costado suficiente
La rota navecilla de mi vena,
Menesterosa ya de dar carena.

CANTO IV.

Declara el fin que tuvo la tormenta, y cómo don Garcia, llegado á la bahía de la Concepcion, toma puerto en la isla de Talcaguano, adonde está dos meses esperando los caballos, hasta que, constrañido de la necesidad, pasa á la Tierra firme, haciendo en ella un fuerte, en el cual, recogido con su gente, aguarda la que por tierra viene. En el inter se junta contra el todo el infierno en consulta general, y de ella sale Megera á dar aviso á Caupolicán de la oportunidad y buena coyuntura que tiene para dar sobre el nuevo fuerte y destruírle, antes que le llegue el socorro que espera.

Ninguno por gastado que se sienta
Venda la saya verde á su esperanza,
Sabiendo que es la súbita mudanza
Manjar de que esta vida se sustenta;
No dude que tras ante de tormenta
Ha de servirse postre de bonanza,
Y menos del favor celeste dude,
Pues cuando todo falta, Dios acude.

En dar trabajos tiene tal estilo,
Que como esgrimidor diestro y galano,
Al secutar el golpe da de llano,
O toca blandamente con el filo;
Y bien que alguna vez alargue el hilo,
Por donde el hombre cuelga de su mano,
Dejándole que estire de la hebra,
Pero jamás de parte suya quiebra.

Es la tribulacion, si bien se advierte,
Un disfrazado bien por mal tenido;
En vez de ser amado aborrecido;
Es vida en traje y hábito de muerte;
Es muestra para el ancho pecho fuerte,
Alarde para el flaco y encogido,
Es una enfermedad que no inficiona,
Mas donde la virtud se perficiona.

La roca de las ondas azotada
Predica la firmeza que sostiene,
Y á descubrirse limpio el grano viene
Cuando la rubia espiga está trillada;
La citara del músico tocada
En alta voz pregoná las que tiene,
Y si el trabajo duro al hombre toca,
Se ve su fortaleza mucha ó poca.

Así que adversidades y aflicciones
Son guerras donde el Rey del cielo envía
A los que de su bando y compañía
Procura dar enseñas y blasones;
Y destes ilustrísimos varones
Es uno el generoso don Garcia,
Que cuanto mas el píelago le cubre,
Su levantado pecho se descubre.

Bien que lo siente á veces apretado
Con ver que la tormenta va creciendo,
Y el ánimo á los suyos falleciendo,
Que es lo que mas le abije en tal estado;
Mas cuanto mas ceñido y estrechado,
Su corazon mas alto va subiendo,
Como la fuente á manos fabricada
Por atañor estrecho encaminada.

Su capitana enhiesta en lo mas alto
Taladra las estrellas con la punta;
Ya con el alto Júpiter se junta,
Ya con Pluton se pone en presto salto;
Cual águila, que azores dan asalto,
Ligera da una punta y otra punta,
Así tan rauda sube y rauda baja,
Tratándola los vientos como paja.

Sobre el estremecido camarote
Serenó y firme el jóven parecia
Diciendo al cielo: « Si es por culpa mia
Tan áspero castigo y duro azote,
Sin que, Señor, el mundo se alborote,
Ni muera esta inocente compañía,
Que solo va á plantar tu fe sagrada,
Descargue en mí la furia de tu espada.»

Mas cuando allá en lo hondo de su pecho
Al cielo desta suerte hablando estaba,
Aquel turbion, envuelto en ira brava,
Se vino al vaso trémulo derecho;
Cerró con él en impetu deshecho,
Rompiendo con la fuerza que llevaba
La escota del trinquete yerta y dura,
Con otro grueso cable de la mura.

No para en esto el golpe desmedido,
Que el rápido furor con que venia
Dejó sin el fiador que lo tenia,
Al puño del trinquete desasido;
El cual (suceso raro nunca oido)
Como sin orden suelto discurria,
Pasó por cima el ancla raudamente,
Trabando su tenaz y corvo diente.

Prestóle tal vaiven y fuerza el viento,
Que estando tan asida y amarrada,
Mas fácil que sortija á la pasada
Se la llevó arrancada de su asiento;
Y con arrebatado movimiento,
Ya de la vela el áncora colgada,
Por una y otra parte dañó, ofende,
Quebranta, descuyunta, rompe, biende.

Con ella Tramontana montantea,
Haciendo á cada vuelta calle y plaza;
Esgrimela Aquilon como una maza,
Que los maderos frágiles golpea;
El Abrego furioso la volteá,
Y cuanto encuentra parte y despedaza;
Bóreas la juega haciéndola que cimbre
Como delgado junco y flaca mimbre.

Cual anda la pelota sacudida
En rápido y reciproco meneo,
Saltando con furioso devaneo
De la pared y mano resurtida,
A fuerza del impulso rebatida
De bote, de cotin y de voleo,
De esta manera el áncora se andaba,
Haciendo buena chaza do llegaba.

No es fábula ni poética figura,
Ficion artificiosa ni ornamento,
Sino verdad patente, la que cuento,
Que es de lo que se precia mi escritura;
Y débese entender que tal hechura
No solamente fué del mar y viento,
Sino de aquel diabólico vestigio
Que siempre nos persigue en este siglo.

El por su mano el ancla desamarrá
Y quiere hacer ya piezas el navio,
Mas Dios, que en el socorro no es tardío,
Con solo su querer le pone amarra,
Haciendo que la dura y corva garra,
Llevada por aquel ventoso brio,
Afiere del bauptenacamente
Perdiendo en él su furia delincuente.

Como el que estando ya para ahogarse
Con todos cuatro músculos batiendo,
Y en vano el agua líquida hiriendo
Sin esperanza casi de salvarse;
Si á dicha topa un ramo en que trabarse,
Sosiega el cuerpo mádido y tremendo;
Así fué nave y gente sosegada
Despues de vela y áncora trabada.

Con el dichoso caso repentino
Tan presto fué en salir el descontento
Y á entrarse por las almas el contento,
Que hubieron de chocar en el camino;
Y deste golpe atónita y sin tino
Estuvo nuestra gente en detrimento,
Hasta que vencedora la alegría
Del todo calentó la sangre fria.

Levanta el rostro al cielo soberano
El General, y en lágrimas deshecho,
Refiere á Dios las gracias de este hecho,
Reconociendo que era de su mano;
Y súbito, por mas que el mar insano
Entonces levantaba el ronco pecho,
Comienza con la vela ya tomada
A gobernar la nave quebrantada.

A la vecina costa dieron lado,
Que peñascosa y hórrida se via,
Y á orza enderezando recta via,
Se vuelven á su rumbo comenzado;
El enemigo viento mas airado
Y las preñadas ondas á porfia
De nuevo los combaten y contrastan,
Mas contra las de Dios ¿ qué fuerzas bastan?

Que el jóven, á pesar de todo el resto,
Navega el de la noche tempestiva,
Luchando con el aire y agua esquivá,
Al impetu de entrambos contrapuesto;
Hasta que el manto lóbrego y funesto
Del hombro de la tierra se derriba
Y deja descubierta aquel tocado
De perlas y de aljófares cuajado.

Entonces, cuando el gárrulo grumete
Cantando saludaba el claro día,
Se descubrió á los ojos la bahía
Que por la Concepcion sus aguas mete;
Cazaron luego á popa su trinquete
Con el debido gozo y alegría,
Y antes que el sol su luz hubiese abierto
Lanzaron las amarras en el puerto.

Surgió la rota armada en Talcaguano,
Isleta bien de sierras amparada,
De algunos pobres indios habitada,
De poco efecto en guerra y menos mano;
Adonde el espumoso mar insano,
Haciéndose una plácida ensenada,
A los navales huéspedes acoge
Sin que maretá ó viento los enoje.

Así como en la negra y dulce arena
El áncora hincó su duro diente,
Alzando mil alborotas la gente
Se olvida del afan pasado y pena;
Mas antes que saltasen, les ordena
El cauto General cristianamente
Que como no los dañe el enemigo,
En todo se le haga trato amigo.

Con esto los bateles botan fuera,
Y dentro nuestros milites metidos,
De las seguras armas prevenidos
Saltaron en la sólida ribera;
Adonde por una áspera ladera
Los bárbaros istenos recogidos
Bajaron de tropel con mano armada
A defender su tierra saltada.

Mas era, como dije, triste gente,
De oscuro nombre y número pequeño,
De estrecho corazon, al fin isteno,
Adonde el miedo está seguramente;
Y así, no bien llegaron frente á frente
A ver de la contraria el duro ceño,
Cuando templado aquel orgullo y brio,
Quisieran verse léjos del navio.

Pues como el escuadron llegase al puerto,
Do estaba nuestra gente recogida,
En el primer furor y arremetida
Cayó de un arcabuz un indio muerto;
En viéndolo, sin orden, sin concierto
Los otros se pusieron en huida,
Dejando á su despecho libre el paso,
En fe de su temor y pecho escaso.

Verdad es que en el tiempo de la bruma
Están los moradores de la tierra
Tan torpes para el uso de la guerra
Como para volar mojada pluma;
Y como no se entienda ó se presuma
Ser interés crecido el que se encierra
En dar asalto entonces ó batalla,
Jamás se moverán de virona á dalla.

A tal sazón los bárbaros sosiegan
En su galpon de paja ó rudo rancho,
Do arriman la macana y el rodancho,
Y al elemento cálido se llegan;
Los vibradores arcos, de que juegan;
Ahorcan de la estaca ó medio gancho,
Hasta que viene el tiempo del estío,
Con que entran en calor, esfuerzo y brio.

Los nuestros, en habiendo derramado
Aquella amedrentada compañía,
Sacando de las naves lo que habia,
Si alguna cosa el mar habia dejado,
En fuerte puesto y sitio acomodado
Plantaron la tremenda artillería,
Haciendo el General que se soltase
Para que el indio, oyéndola, temblase.

Mas los de Talcaguano, como vieron
La bélica nacion allí venida,
Apercibieron luego su partida
En góndolas y balsas que tuvieron;
Sus hijos y mujeres los siguieron,
Dejando soterrada la comida,
Y las desiertas chozas y moradas,
Ya de los propios dueños saqueadas.

Algunos que en el pobre alojamiento
Nuestros exploradores alcanzaron,
En españoles pechos extrañaron
El blando y amigable tratamiento;
Venidos ante el grave acatamiento
Del nuevo Apó, que atónitos miraron,
Les dió comida, ropa y otros dones,
Moviéndolos con obras y razones.

La cifra dellas fué certifficallos
Que solo era su blanco y su motivo
Hacer que conociesen un Dios vivo
Que quiso con su sangre rescatallos,
Y que se confesasen por vasallos,
Con someter al yugo el cuello altivo,
Del sacro don Felipe sin segundo,
Monarca universal de todo el mundo.

Mostróles por el título y derecho
Que los cristianos esto pretendian,
En especial de aquellos que se habian
Apóstatas, despues de fieles, hecho;
Propúsoles el público provecho
Que dando al Rey la paz, recibirian,
Con los terribles daños que en su tierra
Causaba el uso fierro de la guerra.

Añade al fin que en nombre y en persona
Del solo invicto rey de los hispanos,
Si mas no toman armas en las manos,
Por las tomadas antes les perdona;
Mas que si, despreciando su corona,
Hicieren cruda guerra á los cristianos,
Se les habrá de hacer á sangre y fuego,
Sin dárselos minuto de sosiego.

Despáchalos con esto libremente,
Enviándolos en paz enriquecidos,
Y dello, al parecer, agradecidos,
Mas iba lo secreto diferente;
Los nuestros en el sitio competente
Al tiempo criminoso prevenidos,
Temiendo su rigor y sus ofensas,
Levantán ya reparos y defensas.